

7. Daniel en el Foso de los Leones

DANIEL CAPÍTULO 6.

Los primeros cinco capítulos del libro de Daniel relatan la historia del reino de Babilonia. Al finalizar el quinto capítulo, el gobierno es transferido a los Medos, de quienes Darío, conocido en la historia como Darío el Medo, un hombre de sesenta y dos años, es rey. Con él se asocia Ciro, el Persa, líder del ejército y heredero al trono. El tiempo representado por la cabeza de oro de la imagen ha pasado, y un metal más vil representa el poder ascendente. Los Medos no eran, sin embargo, un poder nuevo o desconocido, pues son mencionados en la cronología como descendientes de Jafet, y ya en el siglo VIII a.C., cuando Israel fue llevado cautivo por los Asirios, fueron dispersados por las ciudades de los Medos. Esto había puesto a los Medos en contacto con los Judíos dos siglos antes de la caída de Babilonia. A su conocimiento del Dios de los Judíos puede atribuirse la pureza de su adoración, pues aunque eran paganos, nunca habían caído en las formas burdas de idolatría que practicaban la mayoría de las naciones de Asia Occidental.

Los hábitos tanto de los Medos como de los Persas, pero más particularmente de los Persas, los ponían en estrecho contacto con la naturaleza, y en su adoración tomaban los elementos —fuego, tierra, agua y aire— como las más altas manifestaciones de la Deidad. Por lo tanto, buscaban una región montañosa y mantenían un fuego perpetuo encendido. Creían en la lucha entre el bien y el mal, representada por la luz y la oscuridad, y sin duda las palabras de Isaías, que se dirigen a Ciro, tenían esta creencia en mente, pues el Señor dice: «Yo formo la luz y creo las tinieblas, yo hago la paz y creo el mal. Yo Jehová soy el que hago todas estas cosas». En estas palabras Él se coloca por encima de los dioses de los Persas y explica por qué llamó a Ciro a su extraña obra.

Los Persas en el momento del derrocamiento de Babilonia eran físicamente fuertes y robustos, debido en gran medida a la simplicidad de sus hábitos y su

temperancia al comer. Tales eran las condiciones que hicieron posible que los Medos y Persas fueran la vara en la mano del Señor para el castigo.

La descripción del castigo, tal como fue efectuado por los monarcas babilonios, se da en el primer versículo del sexto capítulo, porque Darío inmediatamente colocó a ciento veinte príncipes sobre las ciento veinte provincias. Este cambio en la administración del gobierno de las provincias es sumamente importante, ya que la fuerza del monarca reinante es proporcional a la simpatía y cooperación de los príncipes sujetos. Era imposible mantener un gobierno representativo donde había provincias conquistadas, y la paz dependía mucho de la fuerza de la organización central. Sobre los ciento veinte príncipes estaban los tres presidentes, de los cuales Daniel era el primero.

No era según el orden del mundo que Daniel, perteneciente a una raza mantenida en servidumbre, recibiera de inmediato uno de los puestos más altos en el gobierno recién organizado. Parecerá aún más inusual si se recuerda que Daniel había sido nombrado tercer gobernante del reino babilónico bajo Belsasar. La referencia a los versículos primero y segundo del octavo capítulo de Daniel muestra que Daniel no era ajeno al nuevo gobierno, porque antes de la muerte de Belsasar, había vivido en Susa, en la provincia de Elam. Al hecho del conocimiento se puede añadir que el excelente espíritu y la inigualable habilidad para los negocios de Daniel lo llevaron a la prominencia.

Aquí se registra el caso de un hombre que era un devoto seguidor de Dios, cuya honestidad, exactitud y habilidad en cada detalle eran una maravilla para el mundo. Es un poderoso testimonio de los deberes y privilegios de todo hombre de negocios cristiano. Fue un noble estadista, un ejemplo para todos los funcionarios, pero no un político. *No entres en la vereda de los impíos, ni vayas por el camino de los malos. Apártate de él, no pases por él; vuélvete de él, y pasa* (Proverbios 4:14, 15). Cumplió sus deberes bajo los Medos tan fielmente como bajo los Babilonios. Sirvió al Dios del cielo, y no a un partido hecho por hombres. Un hombre de negocios no tiene que ser necesariamente un hombre astuto y calculador, sino que puede ser instruido por Dios en cada paso. Cuando era

primer ministro de Babilonia, Daniel, como profeta de Dios, recibía la luz de la inspiración celestial. El tipo usual de estadista —mundano, ambicioso, intrigante— es comparado en las Escrituras con la hierba del campo y con la flor que se marchita. El Señor se complace en tener hombres de inteligencia en Su obra si permanecen fieles a Él. Por la gracia de Cristo, el hombre puede preservar la integridad de su carácter cuando está rodeado de circunstancias adversas. Daniel hizo de Dios su fuerza y no fue abandonado en su momento de mayor necesidad.

La misma posición que ocupaba puso a Daniel a la prueba más severa. Como presidente o jefe de los presidentes sobre los príncipes, Daniel estaba obligado a tratar con todos los gobernantes inferiores del imperio. Uno por uno se les exigía que le rindieran cuentas. Esto era para que el rey no sufriera ningún daño. El rey, entonces, estaba en peligro; no en peligro de perder la vida, sino que estos funcionarios eran políticos intrigantes que robaban al gobierno de todas las maneras posibles. Si tenían impuestos que recaudar, desviaban un gran porcentaje a su propia cuenta. Había sobornos, engaños, manipulación y compra de puestos en el gobierno babilónico, como lo hay en el mundo de hoy. La deshonestidad se encontraba en todas partes.

La Inspiración no describe la iniquidad en detalle, pero sí dice: «Faltó el misericordioso de la tierra; ...cada cual acecha a su hermano con red. Para hacer con sus manos el mal, el príncipe pide, y el juez juzga por recompensa; y el grande habla el antojo de su alma, y lo traman». Los príncipes y los hombres en el poder no solo obran maliciosamente, sino que trabajan «con ambas manos diligentemente». Si se quieren detalles, estudien los gobiernos de hoy. Son los vástagos de esa misma raíz de Babilonia, y al estudiar la iniquidad de hoy, podemos mostrar los pecados contra los que Daniel tuvo que resistir. Incluso en los mejores gobiernos terrenales, cientos de miles de dólares se utilizan anualmente de manera ilegal. Cuando se pagan \$3,500 por un solo voto, y el individuo devuelve el dinero porque tiene una oferta de \$3,700 del otro partido; cuando el alcalde de una ciudad puede permitirse gastar tres o cuatro veces su

salario para obtener un cargo, debe saberse que el dinero proviene de alguna fuente ilegal.

La historia romana, con sus relatos de combinaciones empresariales, monopolios y corporaciones, sus sobornos en el senado y fuera del senado, es la historia de Babilonia, porque Roma fue uno de los gobiernos que se construyeron sobre principios babilónicos. La historia francesa durante el período de la Revolución repite la historia. La historia de Inglaterra, los países continentales y los Estados Unidos hoy repiten la misma historia. Así, en la historia actual se puede leer en detalle lo que tuvo que enfrentar el primer ministro en la ciudad de Babilonia. El sexto capítulo de Daniel se dejó registrado para mostrar cómo un hombre de Dios, cuando es elevado a tal posición, puede permanecer incontaminado. Muestra esa *actitud* que todo hombre de Dios debe asumir frente al vicio popular y la corrupción, y más que eso, muestra el trato que un hombre fiel a los principios debe esperar recibir de manos de los corruptos.

Debido a que Daniel guardaba los intereses del rey, Darío estaba a punto de ponerlo sobre todo el reino. Pero la honestidad de un hombre es como una espina en la carne de los injustos, y en sus reuniones políticas los príncipes y presidentes buscaron destruir al hombre que presentaba informes precisos y que era irreprochable en sus tratos. «Dad, pues, a César lo que es de César», es un principio del gobierno divino, y de este principio Daniel no podía ser desviado.

Uno puede imaginar el lenguaje de los príncipes mientras discutían el asunto. Cada plan que habían intentado había sido frustrado, y sin embargo se reconocía generalmente que sería inútil presentar una queja sobre el trabajo de Daniel. Solo había una manera posible de condenarlo, y esa debía ser en relación con su religión. Incluso en ese punto no se atrevieron a hacer una acusación abierta, sino que debían lograr su objetivo sin revelar su propósito. Su método de procedimiento despreciable y solapado los puso en conflicto con el Dios de Daniel, no con Daniel como individuo.

Con manifiesto respeto por el rey, y con palabras que lo halagaron, un comité de los príncipes se presentó ante Darío. Las primeras palabras que pronunciaron revelaron que había un plan en marcha, pues dijeron: «Todos los presidentes del reino, los gobernadores», y otros oficiales habían consultado juntos, cuando en verdad celebraban reuniones secretas, y el jefe de los presidentes se mantenía en ignorancia del asunto.

El rey depositó gran confianza en su primer ministro, y cualquier cosa que pretendiera tener su aprobación era aceptada sin más investigación. Se presentó al rey la forma de un decreto. Exaltaba a Darío por encima de todos los monarcas terrenales e intentaba colocarlo por encima de Dios. El rey Darío puso su sello en el documento, convirtiéndolo en una ley del país, de que durante treinta días nadie debía inclinarse, adorar o hacer petición alguna, salvo al rey.

El corazón de Dios se inclinó hacia Babilonia. El cielo estaba muy unido a la tierra, a pesar de la iniquidad, porque el pueblo escogido de Dios estaba allí, y el tiempo de su liberación se acercaba. Aunque los Medos y los Persas sabían acerca de Dios, no lo conocían. Se necesitaba una experiencia real, y Dios manifestaría Su poder a través de ese mismo siervo fiel que había testificado por Él durante sesenta y ocho años.

Daniel era leal, noble y generoso. Estaba ansioso por estar en paz con todos los hombres, pero no permitiría que ningún poder lo apartara del camino del deber. Estaba dispuesto a obedecer a quienes tenían autoridad sobre él; pero los reyes y los decretos no podían hacerle apartarse de su lealtad al Rey de reyes. Se dio cuenta de que el cumplimiento de los requisitos bíblicos era una bendición tanto para el alma como para el cuerpo.

Daniel era consciente del propósito de sus enemigos de destruir su influencia y su vida; conocía el decreto, pero no hizo ninguna diferencia en su vida diaria. No hizo nada inusual para provocar la ira, sino que de manera directa realizó sus deberes acostumbrados, y tres veces al día, a sus horas habituales para la oración,

entraba en su habitación, y con las ventanas abiertas hacia Jerusalén, rogaba fervientemente al Dios del cielo que le diera fuerzas para ser fiel.

Daniel tenía un lugar de reunión especial y una hora señalada para encontrarse con el Señor, y estas citas se cumplían. Hay una belleza en la idea de la conexión del alma entre Daniel y el Cielo. Su vida espiritual era algo real, una vida que vivía tan real y verdadera como la vida física. La única vida que sus enemigos conocían o podían comprender era la vida física. Interrumpir la comunicación con Dios sería tan doloroso para Daniel como privarle de la vida natural; y así como Cristo se retiraba a las montañas después de días de labor agotadora para el alma, para ser *recargado* con esa vida que Él constantemente impartía a las multitudes hambrientas, así Daniel buscaba a Dios en oración. Fue solo mediante estos frecuentes momentos de *llenado espiritual*, por así decirlo, que tuvo fuerza para afrontar la tensión nerviosa de sus deberes oficiales. Cuando la presión externa era mayor, entonces tenía la mayor necesidad de ser lleno, para que se mantuviera el equilibrio. Quince libras por cada pulgada cuadrada de superficie corporal es la presión bajo la cual vivimos físicamente. ¿Por qué no nos aplasta? Porque la presión es igual en todos los lados, y así somos inconscientes de ella. Es solo un tipo de vida espiritual. Aquel que equilibra las nubes equilibrará la presión externa con el poder interno, si se lo permitimos, de modo que nunca necesitemos ser perturbados. Si las pruebas son grandes, abre el alma al Cielo y *equilibra la presión* siendo llenado desde arriba.

Daniel no podía ni negó a su Salvador ocultándose en algún rincón de su habitación para orar. Se arrodilló junto a la ventana abierta, hacia Jerusalén. No oró en su corazón, en silencio, oró en voz alta, como había sido su costumbre antes de que se emitiera el decreto. Noble y verdadero es el que tiene a Dios gobernando en su corazón. Solapadas y mezquinas son las acciones de aquellos que ceden a la influencia de Satanás. Todo lo noble en el hombre se pierde para siempre cuando se elige a un líder así. Satanás estaba en los concilios de esos funcionarios mientras conspiraban contra Daniel, y después de que se firmó el decreto, establecieron espías para atraparlo. Lo vieron arrodillarse en su lugar

habitual de oración; tres veces al día escucharon su voz elevada en ferviente súplica. Fue suficiente; la acusación fue hecha contra «aquel Daniel que es de los hijos de la cautividad de Judá».

Por primera vez, el designio de los consejeros cruzó la mente de Darío. Un decreto firmado con el sello del rey era inalterable en el reino de los Medos y Persas, sin embargo, el rey pasó todo el día suplicando a los que estaban en alta autoridad y buscando alguna forma de escape; pero con sonrisas satánicas, esos príncipes respondieron a cada argumento con las palabras: «Sepas, oh rey, que la ley de Media y de Persia es que ningún edicto u ordenanza que el rey establezca puede ser abrogado».

Cuando las manos de los hombres están atadas, cuando no hay poder en la tierra para ayudar, entonces es la oportunidad de Dios. Y la oración de Daniel aún ascendía: *Es tiempo de que tú, Señor, obres. Mantenme en perfecta armonía contigo.* Mientras su propio corazón estaba en sintonía con el Cielo, no había poder en la tierra que pudiera privarle de su vida, si Dios deseaba que viviera.

Daniel y Darío se encontraron en la boca del foso de los leones, pero no había otro hombre en el reino tan apto para entrar como este mismo Daniel. Apretando la mano de su estimado ministro, Darío dijo: «Tu Dios, a quien continuamente sirves, Él te libraré». Daniel pasó en medio de las bestias salvajes del bosque, y se trajo una piedra y se colocó sobre la boca del foso. Probablemente algunos temían que los amigos y simpatizantes de Daniel pudieran venir a rescatarlo, así que el sello del rey fue puesto sobre la piedra, para que el propósito no fuera alterado.

Satanás se regocijó como lo hizo años después cuando vio al Hijo de Dios en el sepulcro, con una piedra delante de la puerta, y la piedra sellada con el sello romano. Pero no había más poder para retener a Daniel en el foso de los leones que para mantener a Cristo en la tumba. El ángel vino, no a la piedra, sino al foso, y uno de los momentos más preciosos para Daniel fue cuando se sentó en el centro de la cueva, y esos leones se echaron a sus pies o lamieron cariñosamente sus manos.

Hubo un tiempo en que el león y el cordero jugaban juntos, y el hombre recibió dominio sobre las bestias de la tierra. Fue solo después de que el pecado entró, y el hombre tomó la vida de las bestias, que estas a su vez buscaron destruir al hombre. La armonía con Dios finalmente restaurará al hombre a su lugar dado por Dios como rey sobre las bestias. El corazón de Daniel latía con el corazón de Dios, y cuando entró en el foso, las bestias estaban en paz con él. La unidad de sentimiento se muestra en el hecho de que un ángel era visible, y Daniel habló cara a cara con el visitante celestial.

Pero el corazón del rey estaba triste, y pasó la noche en ayuno y oración. Corriendo al foso en las primeras horas de la mañana, llamó: «¡Oh Daniel, siervo del Dios viviente! ¿Tu Dios, a quien continuamente sirves, ha podido librarte de los leones?» Y desde los recovecos del foso llegaron las palabras de ánimo: «Mi Dios envió su ángel, el cual cerró la boca de los leones».

«No está aquí, sino que ha resucitado». «¿Por qué buscáis entre los muertos al que vive?», dijo el ángel, cuando las mujeres llegaron al sepulcro de Cristo. Así que ninguna manera de daño fue encontrada sobre Daniel, el representante de Cristo, «porque había creído en su Dios»; porque se halló inocencia en él.

Cuando los acusadores de Daniel fueron arrojados al foso de los leones, fueron aplastados y devorados de inmediato. Una vez más, las naciones del mundo vieron el poder del Dios de Israel para preservar a Su pueblo fiel. Darío vio confirmada su creencia en Dios; y Ciro había recibido una lección que no olvidaría pronto. Fue una nueva señal para los Israelitas de que Dios estaba en medio de ellos para bendecirlos. A Daniel llegó la voz de Dios prometiéndole paciencia y fuerza para cumplir sus deberes como siervo de Dios. Una luz mayor llegó a Daniel, porque fue después de esta experiencia que una gran parte de las profecías le fueron dadas.

Darío publicó a «todos los pueblos, naciones y lenguas que habitan en toda la tierra», «que en todo el dominio de mi reino los hombres tiemblen y teman ante el Dios de Daniel».

Así, Dios no solo honró a Daniel con una liberación milagrosa, sino que su integridad fue el medio para publicar la verdad en todo el mundo. Desde este momento, Daniel prosperó —durante el reinado de Darío y en el reinado de Ciro, quien emitió el maravilloso decreto para la liberación de los judíos.

Si estás desanimado por la aparente prosperidad de los impíos y el aumento de la maldad entre los hombres en puestos altos, aprende su destino en el sexto capítulo de Daniel.

Si te sientes oprimido por tu adhesión a la Palabra de Dios, recuerda que Daniel representa a todos ellos, y lo que se hizo por él se hará por todos aquellos a quienes el Cielo favorece hoy. Aunque la muerte reclame el cuerpo, la promesa de Dios es una resurrección pronta; y ya sea en la muerte, en prisión o en un foso de leones, Satanás no tiene poder sobre Cristo. «Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia».